*La importancia del concepto persona*

Ricardo Vicente López

Universidad Nacional del Sur – Agosto 2012

1.- *Primera aproximación*

En principio, considero necesarias algunas reflexiones que creo fundamentales para plantear el tema propuesto. Aunque ellas parezcan presentar un aspecto distante del tema a tratar, ruego me concedan este escaso tiempo para introducirme en él. Si propongo un camino un poco más largo es porque considero necesario abordarlo desde un comienzo para no dejar atrás dificultades que nos saldrán al paso en el momento del tratamiento en profundidad de lo que nos estamos proponiendo.

Si pensamos en lo que subyace al problema, encontraremos que en el nudo central está el hombre. Pero también percibiremos que, expresado de este modo, todo se mueve en el plano de una universalidad abstracta que nos impone preguntarnos ¿de qué hombre nos habla? La respuesta inmediata, a la vez ingenua y prejuiciosa, supondrá un hombre que conceptualmente es la elaboración teórica de alguien como nosotros, burgueses de clase media (hombre blanco, rubio, de ojos celestes). Puede que esta afirmación sorprenda, pero si nos detenemos a pensar dónde se ha *elaborado la teoría* de la sociología (el actor social), la psicología (el sujeto atravesado por la culpa), la antropología (el sujeto portador de la cultura), la economía (el hombre que va al mercado a maximizar sus oportunidades), la ciencia política (el ciudadano parisino o el liberal inglés), etcétera, cuyos resultados se nos presentan como *verdad universal,* nos encontraremos con que el paradigma es el hombre centroeuropeo de los siglos XVIII y XIX.

Esto nos lleva a pensar que el hombre, en tanto tal, es en el origen de la cultura occidental el *zoon politikón* (el animal político) de los griegos que pone el énfasis en la socialidad, o el *animal rationale* (el animal racional) de los latinos, que subraya la racionalidad. Más de veinte siglos después, es mucha el agua que ha corrido bajo los puentes como para no pretender una definición más precisa, que quiebre el estrecho círculo de las culturas clásicas. Se nos presenta el desafío de buscar una respuestaque, aunque no agote el tema, nos dé respuestas (en plural, por la pluralidad del hombre y la pluralidad de los pueblos) que nos habilite a pensar qué es lo humano y, dentro de él, lo más humano de lo humano, es decir aquello que lo define en su esencia. Pesan sobre todo ello, como hemos visto, más de tres mil años de pensamiento filosófico y teológico que no se pueden soslayar, más los últimos doscientos años de investigación científica. Toda la urdimbre de ese entramado de ideas debe ser desmontada colocando lo que pertenece a cada cultura en su tiempo y en su espacio, tarea sin la cual se perderá el riquísimo aporte de la sabiduría de esas tradiciones: separar para tamizar, y elegir lo mejor de ellas en la búsqueda de un concepto abarcativo.

2.- *La pregunta por el sujeto de la investigación*

Se agrega a lo señalado un problema que debemos meditar aquí en el comienzo de estas reflexiones, dado que de él depende una consideración fundamental en el camino a recorrer: las características peculiares del sujeto que se lanza a esta investigación. Éste es, necesariamente, un sujeto histórico, equivale a decir, alguien deudor de un tiempo y una cultura, resultado de una geografía y una historia. Este enmarcado del sujeto nos habla de sus potencialidades y de sus limitaciones. Debemos entonces evitar el punto de partida heredado de la cultura moderna: *un sujeto universal sin ataduras ni raíces*.

No es ocioso afirmar de paso que ese sujeto pensante, en este caso nosotros, es en última instancia resultado de la cultura occidental moderna y de su sistema capitalista que ha moldeado la matriz básica de nuestra mentalidad. Soslayar esta particularidad, inherente a lo humano, acarrea innumerables consecuencias de carácter epistemológico que no corresponde plantear aquí, pero que no deben dejar de estar presentes para no olvidar nuestras limitaciones. En el universo cultural y vivencial de las últimas décadas es muy importante saber qué decimos cuando sostenemos nuestras ideas. El lenguaje ha ido perdiendo, en la medida en que se hacía más denso y más complejo, la diafanidad originaria que aún se conserva en boca de los niños o en las culturas originarias. La pérdida de su transparencia, por la utilización ideológica no siempre inconsciente, más la incidencia de la banalización de la palabra en la cultura imperante nos han ido empujando a una *extraña in-comunicación*. Su resultado encuentra explicación en la utilización de conceptos poco claros o de significaciones controvertibles[[1]](#footnote-2). El decir, cuando tiene la obligación ética de comunicar, impone hacerse cargo de estas dificultades. La observación que propone Enrique Dussel ayuda a comprender el ámbito de cosas que se esconden tras la expresión “es obvio”:

Es siempre así, y ha sido siempre así, lo más habitual, lo que “llevamos puesto”, por ser cotidiano y vulgar, no llega nunca a ser objeto de nuestra preocupación, de nuestra ocupación. Es todo aquello que por aceptarlo todos pareciera no existir; a tal grado es evidente que por ello mismo se oculta. Por ello, por el sólo hecho de pensarlo ha originado, ha descubierto las cosas... que por tan sabidas no las sabía nadie.[[2]](#footnote-3)

Esta es la razón por la cual la reflexión sobre los conceptos que utilizaremos llevará consigo el saber que “Todo punto de vista es *una vista desde un punto*”. Es en este aspecto que deberemos ser cuidadosos en nuestras afirmaciones para no transgredir el condicionamiento que toda verdad tiene en tanto resultado de un tiempo y un espacio. Mucho más ahora en él se ha abierto el diálogo intercultural para hacerse cargo de la cantidad de pre-juicios que rondan nuestros pensamientos.

3.- *Pensar en tiempos de crisis*

Permítaseme una consideración más para cerrar esta primera aproximación. Haber señalado las condicionalidades de todo pensar nos coloca en una situación peculiar que no debe ser esquivada. Si toda cultura, a través de los tiempos, ha aportado su sabiduría, las culturas han tenido épocas de maduración y esplendor y otras de decrepitud y decadencia. Es imprescindible tomar conciencia de que estamos en una etapa en la que el desmoronamiento de los valores que construyeron la Modernidad Occidental nos coloca sobre un terreno sísmico en el cual casi nada se sostiene por sí mismo y todo va cayendo bajo el golpear de la piqueta de la duda. Saber y hacer explícito desde qué discurso, desde qué complejo de ideas, desde qué marco conceptual estamos pensando y exponiendo otorga al debate mayor claridad, y al mismo tiempo un compromiso y un respeto mayor por el otro o los otros a quienes nos dirigimos.

El pensar la crisis aparece engañosamente, en un primer intento, como una problemática que ofrece aristas bastantes claras. Si bien es difícil desconocer la multiplicidad de factores que concurren a ella, se produce en la mente de quien comienza esta tarea una especie de claridad que convence respecto de *ya* *saber de qué se trata*. Puede no tenerse un diagnóstico preciso, pero hay una especie de intuición que coloca el tema dentro de marcos aparentemente accesibles.

Sin embargo, esta primera aproximación exige pensar previamente sobre algunos requisitos, requisitos no siempre explícitos y que, por tanto y por la misma razón, se ocultan, ocultando los fundamentos que los sostienen ante la mirada de quien se propone ese pensar. La tarea intelectual de quien emprende este camino está abonada, enriquecida pero también condicionada, por el recorrido de su biografía y de su formación personal. Es decir, por la estructuración mental académica recibida y por sus lecturas, sus investigaciones, las reflexiones que fue adquiriendo a lo largo de esa formación. Se impone la necesidad de pensar sobre las peculiaridades que ese aprendizaje le ha aportado, los sustentos ideológicos, en tanto sujeto que ha sido educado dentro de un sistema institucional, sistema estrechamente ligado, como no podía ser de otro modo, al proyecto *político-cultural* de la sociedad a la cual pertenecemos. Hacer referencia a este fenómeno nos coloca en camino de preguntarnos por esos condicionamientos y sus resultados, como paso previo hacia el esclarecimiento, lo más radical posible, del tema planteado.

Nuestros saberes son siempre saberes sobre algo ya determinado a partir de condiciones preestablecidas. Y la pregunta que formulamos contiene, siempre de algún modo, la respuesta demandada, porque aquella abre un campo dentro del cual ésta ya se encuentra instalada. Podría decirse, provocativamente, que *sabemos* lo que *se debe saber* dentro de esas posibilidades abiertas. Esta afirmación no niega la posibilidad de la capacidad crítica de todo pensar, es más: la exige, pero sólo se hace posible con la condición de haber reflexionado sobre las condicionalidades señaladas.

### 4.- *El preguntar por la pregunta*

Entonces, se puede desprender de lo dicho que la actitud crítica que implica el preguntar por los porqué, los cómo, los dónde, etcétera, se circunscriben, por regla general, dentro del campo de las respuestas y propuestas que la disciplina maneja, dadas por aquellos científicos reconocidos como tales por la comunidad institucionalizada a la que pertenecen, tribunal supremo que funciona como la *nueva inquisición moderna*. Es alrededor de ellas que las preguntas adquieren un contenido consistente y su validación, por lo que se puede iniciar la búsqueda de las síntesis que se pretenden hallar. Pero es necesario tomar en cuenta que la o las críticas que se desarrollen dentro de tal campo, demarcado por la disciplina, no pueden desbordar los límites que han trazado las respuestas, resultado de preguntas anteriores que conforman el corpus científico. Dicho de otro modo, todo preguntar en una investigación se sostiene por un corpus académico, a partir del cual se lanza la búsqueda de respuestas; pero también éstas deben respetar los cánones establecidos, caso contrario serán rechazadas por las instituciones correspondientes. Nuestro preguntar queda circunscrito, en un ámbito definido, por el *pensar* de quienes ya han *respondido* aquello que es *objeto de nuestro preguntar*. Esto no significa que no se pueda avanzar, sino que el camino tiene límites que imponen respeto.

El paso que falta, por lo general, es el comprendido entre el preguntar dentro del campo acotado por los contenidos de la o las respuestas, y el formular la *pregunta* por el qué, por qué y cómo se *preguntaron* aquellos quienes han respondido o propuesto el conocimiento existente. Se trata de avanzar, tematizar y problematizar no sólo lo recibido, sino también las preguntas que dieron origen a aquel *pensar*, apuntando al ámbito desde donde fueron lanzadas. La *pregunta por aquellas preguntas* remite a los *supuestos* de quien ha buscado *aquellas respuestas*, porque estamos dirigiendo nuestra mirada hacia el marco político-ideológico desde el cual se han aventurado en las preguntas. Este marco no es necesariamente explícito o consciente en quien lo hace y puede, muchas veces, escapar a la conciencia de quien ha planteado sus preguntas. La historia de la ciencia está llena de *verdades rechazadas* y *falsedades admiradas* en su tiempo por los pre-juicios imperantes.

Puede, y en efecto sucede muchas veces, que queda oculto para el pensar de quien investiga y reflexiona, el cimiento en el que se apoya. Esta es una cuestión previa que no aparece a primera vista como necesaria, dado el modo *pretendidamente aséptico y avalorativo* de ese modo del preguntar. Funciona así porque queda a espaldas de él formando parte de lo establecido e institucionalizado. Y aquí nos encontramos con una limitación, que es histórica y por ello también política e ideológica. Insisto, entonces: quien piensa lo hace siempre, indefectiblemente, desde una perspectiva, una situacionalidad que circunscribe el espacio del pensar a los límites geográficos y temporales, es decir, históricos, culturales, por ello políticos. Debe entenderse en estos términos la alusión anterior a la *ciencia occidental moderna,* producto de un *proyecto cultural* que dominó los últimos trescientos años del pensar.

Todo este planteo, creo, nos pone en condiciones de avanzar en el problema del *hombre*. Porque la primera cuestión nos remite al campo de la situación histórico-política que desemboca en un tiempo abisal que impone este tema como algo insoslayable. Hoy no es posible avanzar sobre ninguna dimensión humana sin tomar, como un elemento constituyente, la profunda crisis en la que se encuentra la humanidad occidental (u occidentalizada). Y porque la segunda cuestión nos conduce directamente hacia el hombre, sujeto que piensa, a veces muy a su pesar y otras sin conciencia del drama histórico de este tiempo.

La investigación sobre esos *sujetos históricos* debe remontarse hasta los orígenes de ese proceso, de modo tal que nos reinstale en condiciones de detectar la génesis de la historia que nos deposita en esta situación actual. Para nuestro caso, es la senda hacia el *pasado de este presente*. Debe reconocer una primera etapa que deberá detenerse en los comienzos de la Modernidad europea, para luego, con una pretensión de llegar hasta lo más radical de ese proceso, hurgar en la configuración de los orígenes de este Occidente en sus dos vertientes: la greco-romana y la hebrea.

5.- *Las raíces del nuestra cultura*

Debo comenzar por responder a la pregunta acerca de la pertinencia de esta incursión en el pasado de la historia de la cultura respecto del tema que nos convoca. Digo que, si necesito después indagar en las etimologías, revisar los marcos políticos-culturales en los que las palabras se fueron fraguando, requiere de esta incursión investigativa.

La tradición académica ha colocado todo el énfasis en el estudio de la vertiente griega sobre la que ha construido la historia moderna. Esa tradición muestra etapas con sus respectivas síntesis. Ha sido reelaborada por la cultura romana y se ha desplegado a lo largo de los siglos medievales con el reconocimiento de los aportes judeo-cristianos. Fue Constantino (274-337) quien mejor comprendió el invalorable servicio que le podía prestar el cristianismo por la vía de las autoridades de la Iglesia Católica, asumiendo una fe que le permitiera consolidar un imperio que comenzaba a vacilar. En el año 325, convoca al Concilio de Nicea. Sobre este momento crucial de la historia de Occidente, leamos a Paul Johnson[[3]](#footnote-4) (1928):

En este espíritu, Constantino (y la gran mayoría de sus sucesores) abordó su propio papel en la política de la Iglesia. Debía ser un mediador, una función que él desempeñaba bien y que le agradaba... mientras preside el Concilio de Nicea y otras reuniones eclesiásticas... organizando complicadas ceremonias, entradas dramáticas, procesiones y espléndidos servicios. Todo esto estaba muy lejos del cristianismo primitivo. En realidad, puede afirmarse que Constantino creó gran parte del rito de la práctica conciliar cristiana... El imperio abrazó el cristianismo con el propósito de renovar su propia fuerza mediante la incorporación de una religión oficial dinámica.[[4]](#footnote-5)

Si me he detenido en este tema debe ser entendido por la necesidad de encontrar, en un momento de la historia, la bisagra que abre hacia un camino diferente, imprescindible para comprender la *revolución de la modernidad*. La iglesia adopta entonces el idioma imperial ─ el latín─, la pompa imperial, la vestimenta de los senadores romanos, etcétera, como precio que se pagó por una vida más estable y segura dentro del imperio. Al mismo tiempo, el contenido del mensaje se fue diluyendo, el poder se cobró su cuota de corrupción, y se permutó el *Reino de Dios* por el imperio de los hombres. Así el Medioevo comienza su historia. Las sucesivas invasiones de los pueblos de la estepa asiática, a quienes se denominó *los bárbaros,* desde la soberbia heleno-romana muy pagada de su refinamiento intelectual, fue dándole a la síntesis mencionada una modalidad propia que incidió en el cristianismo medieval.

Las tribus arias aportaban un nuevo espíritu por lo que la progresiva cristianización de ellas fue preparando el terreno para la etapa siguiente, que iba a dar nacimiento al Occidente moderno. La particularidad de este periodo es la configuración de una nueva síntesis, dentro del mismo proceso, en la que van a prevalecer más los rasgos culturales de los bárbaros cristianizados: su espíritu de conquista. Es destacable que esa cristianización produjo el comienzo de las condiciones que posibilitaron la *revolución burguesa* dentro del marco del comunalismo medieval[[5]](#footnote-6). Entre los siglos X al XV, se estructura una muy interesante experiencia en las comunas aldeanas.

# 6.- *La cultura del Occidente moderno*

A partir del siglo XVI estalla un desarrollo comercial, al que contribuye fundamentalmente el aporte de oro y plata de las colonias americanas, que potenciará el desarrollo del capitalismo. La Revolución industrial inglesa (1750-1800) desconocerá la tradición humanista con la cual se comenzó a configurar esta etapa. Quedan establecidas las bases para el dominio de la *cultura burguesa moderna*: el individualismo, el egoísmo, el afán de lucro y conquista. Occidente tomará un nuevo camino que dará paso a una segunda etapa de la Modernidad. La modalidad que adquiere la cultura occidental tendrá, entonces, el sello que le otorga su origen ario (opuesto al semita cristiano), en una nueva reelaboración que irá produciendo la burguesía en el norte de la nueva Europa, que abrirá el nuevo recorrido del capitalismo moderno.

El aumento de la producción y la riqueza y, consecuentemente, de los medios de producción económicos despertaron en el hombre común las ansias de mejorar su nivel de vida, tanto tiempo olvidadas. Se comenzaba a pensar en que era posible mejorar y que los límites medievales, antes sentidos como inviolables, podían ser superados. La libertad comercial que este sistema requería dejó las manos libres para la implementación de técnicas que permitieran una mejor penetración de lo producido en los mercados, ahora mundiales. El ansia de lucro, que desbordaba las normas éticas de la sociedad tradicional, arrasa con los criterios de la convivencia comunitaria para imponer las relaciones individualistas de los nuevos cánones culturales. Todo ello tuvo como consecuencia un impulso decisivo para la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas potenciando el desarrollo de una sociedad que avanza en su mundialización y colonización de la periferia.

7.- *La ciencia moderna*

La historia de la ciencia adquiere una particular manera de pensar e investigar que se aleja de su pasado. El avasallante empuje de la burguesía planteó nuevos problemas, sobre todo referidos a dominar y transformar la naturaleza para convertirla en mercancías. A partir del siglo XVII, se conjugaron diversos aportes, como el racionalismo cartesiano, la matematización galileana y el experimentalismo de laboratorio posterior, que le otorgaron a la ciencia la posibilidad de sus mejores logros y conquistas. Pero no debe ocultarse, en el camino que hemos emprendido, que todos ellos la constriñeron al ámbito del *objeto pasible de ser sometido a esa metodología*. El saber sobre *lo humano del hombre* fue remitido a las nebulosas metafísicas, con algo de desprecio. Todo el saber de la Modernidad ha pagado duramente este condicionamiento. El pensador Domingo Renaudière de Paulis ha afirmado que la filosofía, y con ella toda la ciencia que en ella se sustenta, ha deambulado sin horizonte en la búsqueda de un saber sobre el hombre por violar su condición esencial:

¿Cuál es la violación esencial? ¿Cuál es esa errabundez alucinada? Toda la filosofía moderna, hasta nuestros días, desde el cartesianismo hasta nosotros deambula errante, a pesar de su interior y extraña persuasión de rigurosidad, que culmina en la husserliana idea de la “filosofía como ciencia estricta”. ¿Dónde vemos nosotros la esencial violación del filosofar moderno? Sin más, en la *prioridad absoluta del método sobre el filosofar mismo*. El método, como lo que antecede a la evidencia y posesión cierta de los principios, será, en la idea moderna de la filosofía, el camino previo hacia la evidencia, que finalmente se funda *en la duda*, o en el principio de la dubitabilidad absoluta puesto por la voluntad del sujeto cognoscente.[[6]](#footnote-7)

La belleza poética debe permitirnos profundizar el sentido que nos señala con su crítica. El subordinar los *principios* al *método* es un elemento más que se agrega a los ya citados anteriormente. Si el método es la fuente de “toda razón y justicia” éste se entroniza como el fundamento de todo saber. Pero se presenta aquí la paradoja de que este método está sostenido por la duda cartesiana que el filósofo intentó erradicar, duda que se va a esparcir y va contaminar todo lo que toque. Es esta misma duda la que convierte necesariamente todo conocimiento en frágil y volátil. Esto es valedero para las conclusiones, tanto filosóficas, teológicas como científicas, que son siempre provisionales. Esto es especialmente cierto en el ámbito del conocer sobre el hombre, terreno en el que lo humano, en su carácter de persona, única e irrepetible, no puede ser reducido al método y a sus rigideces. Lo humano, en tanto persona, exhibe la particularidad de no ser reductible a una universalización abstracta que niegue la peculiaridad que encierra y el misterio que lo envuelve. Y esto es válido tanto para las personas individuales como para las colectivas, *los pueblos* y sus culturas. De allí las limitaciones de la ciencia moderna para dar una respuesta adecuada y exhaustiva sobre lo humano.

Todo el conocimiento que la ciencia moderna ha aportado, en el terreno de las ciencias sociales ─siglo XIX en adelante─, como formas que pasa a adoptar para este ámbito específico, son muy útiles, en tanto lo tomemos como información. Pero eso requiere, y esto se ha abandonado, ser procesada desde una filosofía crítica que node3je de lado la defensa de lo humano. Recuperando la manera peculiar de una existencia que no debe dejarse subordinar a las rigurosas exigencias metodológicas que no dan cabida a los misterios de la vida. Esto incluye la mutilación conceptual con la cual la reduce a mero cuerpo biológico. Por ello, esa misma información deberá ser revisada y cribada de los elementos espurios que contenga por el modo de su recolección. La ciencia social tiene una tarea importantísima en la búsqueda de *la verdad sobre el hombre*, pero deberá aceptar convertirse en instrumento de una investigación pensada en otro nivel de la reflexión. No deberá pretender portar una verdad que se desprende de su propio saber, sino subordinarse a los fundamentos de una filosofía que la contenga, explicitada en ella.

8.- *El valor de las palabras*

Los riesgos señalados nos hablan de precavernos ante el avance de las exigencias empiristas que no respetan la unicidad de lo humano. Se atribuye al padre de la medicina, Hipócrates (460-370 a. C.), la frase: “No existen enfermedades, existen enfermos”. Por tal razón, propongo la utilización del concepto persona para hacer referencia a lo específico del ser humano. La persona en su unicidad e irrepetibilidad, es un ser socio-histórico, perteneciente a un tiempo y a un espacio cultural que lo condiciona en su ser más íntimo.

Esta palabra tiene una historia interesante, porque aporta al pensar este tema. Su origen etimológico en el mundo griego se le atribuye al vocablo griego *prósopon,* que designa la máscara con la que el actor cubría su rostro en las representaciones teatrales. En su traducción latina, adquirió la forma *per sonare,* de donde deriva el uso actual. Pero el teatro griego debe ser comprendido en su contexto. Estaba integrado a la vida colectiva y era para el griego un diálogo permanente consigo mismo. Interpretar es el arte de superar lo personal. La máscara es un artilugio para fingir ser otro, recreando una realidad vivida con conflictos. La palabra “teatro” tiene su origen etimológico en ‘mirar’, y es el lugar para ver y para verse. Se puede encontrar aquí la importancia que le atribuía el mundo griego, en tanto momento de en el cual el *ser* se enriquecía por la mirada *del otro*. El actor, portador de la máscara, presentaba una duplicidad de quien era en su realidad y quien era en su personaje, pero ambos representaban los prototipos del hombre griego. Ser hombre, entonces, era ser miembro de la *polis*, es la comunidad la que hace de él un ser digno.

Los especialistas discuten la existencia entre los griegos de un concepto de persona que se acerque a su significado actual, más allá de ser parte de la naturaleza y de la polis. Las elaboraciones más explícitas sobre el concepto de persona, en cualquier caso, han partido del cristianismo, sobre todo de los teólogos de los primeros concilios, como el de Nicea, en el 325. El origen de este interés se presentó en la discusión acerca de las relaciones entre "naturaleza" y "persona" en Jesús de Nazaret. Es muy importante rescatar que, frente al pensamiento griego, la tradición hebrea centra más su atención en la historia que en la naturaleza. El "hombre" no fue pensado en su condición de ser un elemento más de la naturaleza, por muy importante que fuera, para convertirse en un ser distinto de los demás. No niegan su pertenencia, lo que aparece claro en el libro del Génesis. Esta diferencia se percibe a través de la llamada que Dios le hace en su Palabra y en la historia, ante la cual el hombre es libre para responder. Dios interpela al hombre hebreo y dialoga con él, en una relación entre un yo y un tú.

9.- *El hombre hebreo no se divide en cuerpo y espíritu*

Un aspecto ocultado por la historiografía académica —y aquí *ocultar* no significa necesariamente mala intención— es el importantísimo aporte que la tradición cultural hebrea, más aun semita, ha realizado en la conformación de la síntesis cultural de la Modernidad Occidental. Sería muy largo e inoportuno introducirme ahora en este tema, pero baste una pequeña mención.

Los valores del humanismo renacentista y los que la Revolución francesa enarbolaron no tienen origen en la vertiente greco-romana sino en la hebrea y, fundamentalmente, en la prédica del profeta judío de Nazaret: la igualdad de los hombres en una sociedad esclavista, incluida la mujer en una sociedad patriarcal; la solidaridad con los pobres y excluidos; la fraternidad entre los hombres; la denuncia de la explotación de los poderosos, etc.; todo ello a partir de dos valores fundamentales, no enunciados filosóficamente, sino como sostén de las prácticas sociales y políticas: el amor del ágape y la justicia. Estos temas nos remiten a la necesidad de revisar la concepción de hombre que de allí heredamos.

Toda la Creación, según los sabios rabinos que redactaron el Libro del Génesis, no tiene otro fin que el ser humano: ése es el único propósito de Yahvé. Y Yahvé muestra un enfoque monista: el *hombre hebreo* no se piensa dividido en cuerpo y espíritu, como en la cultura helena, sino que es “un alma viviente”. El dualismo paulino y, después, el agustino que, con el tiempo acabará dando lugar a la separación cartesiana entre cuerpo y mente, pero esto es platónico no hebreo. Es la influencia de la cultura heleno-romana en los primeros siglos de nuestra era.

La primera palabra con que se define al *hombre* genéricamente, en el Génesis, es *adam*, ‘barro’. Con este vocablo se hace mención al material con el cual fue hecho el hombre al que se insufló el *rúaj,* que indica el aliento divino y que, por ser extraído de la naturaleza, está en él presente también el cosmos. Lo humano, en el aporte de esta tradición, es una unidad de difícil definición que involucra a Dios, al cosmos y a la naturaleza y ha estado presente en los primeros siglos de nuestra era. La dualidad griega, en cambio, generó la idea de la separación entre *soma* (cuerpo) y *psique* (alma), que se unen en el hombre como dos sustancias separadas. Aparece, como dije, en Pablo de Tarso (10-67) y en Agustín de Hipona (354-430), probablemente de origen iranio y que se encuentra en la doctrina de la trasmigración de las almas (metempsícosis) y que ingresa a Grecia por Platón (428-347 a. C). Sobre esta herencia se debate la concepción del hombre que hoy se encuentra tanto en las ciencias sociales como en la medicina.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, a lo que se debe agregar la investigación paleontológica, podemos atrevernos a definir lo humano como un resultado último de la evolución del género homo, cuyo probable comienzo puede ubicarse en el momento de la aparición del lenguaje (de fecha imprecisa)[[7]](#footnote-8). Esta definición hace de la comunicabilidad un rasgo específicamente humano, sobre todo cuando alcanza la complejidad conceptual. Pelayo García Sierra[[8]](#footnote-9), en su Diccionario Filosófico, sostiene:

Persona humana añade algo no sólo a «persona» sino también a «humano». El hombre recibe una determinación importante cuando se le considera como persona así como la persona recibe una determinación no menos importante cuando se la considera como humana. Por tanto, no es lo mismo hombre que persona, como tampoco es lo mismo hombre que ciudadano. «Hombre» es un término más genérico o indeterminado, que linda con el «mundo zoológico»; «persona» es un término más específico que tiene que ver con el «mundo civilizado» o, si se prefiere, con la constelación de los valores morales, éticos o jurídicos propios de este mundo. La misma etimología de la palabra persona demuestra que es un concepto sobreañadido al concepto de hombre (…) No decimos que los hombres actuales puedan no ser personas; decimos que cabe un concepto de hombre al margen del concepto de persona.

1. Sugiero la consulta de mi trabajo http://ricardovicentelopez.com.ar/wp-content/uploads/2015/03/Reflexiones-sobre-el-uso-de-la-palabra.pdf [↑](#footnote-ref-2)
2. Dussel, Enrique, *América Latina: dependencia y liberación*, Fernando García Cambeiro Editor, 1973, pág. 25. [↑](#footnote-ref-3)
3. Escritor, historiador y periodista británico, estudió historia en la Universidad de Oxford. Es autor de más de treinta obras, la mayoría sobre la actualidad y la historia en general. [↑](#footnote-ref-4)
4. Johnson, Paul, *Historia del cristianismo,* Javier Vergara Editor, 2004, págs. 124-5. [↑](#footnote-ref-5)
5. El tema está más desarrollado en mi trabajo http: http://ricardovicentelopez.com.ar/wp-content/uploads/2015/03/Los-orígenes-del-capitalismo-moderno-I. [↑](#footnote-ref-6)
6. El Método y la Falsa Fundación de la Filosofía en Actas del II Congreso de Filosofía, *Sudamericana*, 1973, pág. 78. [↑](#footnote-ref-7)
7. Sobre el tema se puede consultar mi trabajo en http://ricardovicentelopez.com.ar/wp-content/uploads/2015/03/El-hombre-originario-Primera-parte.pdf [↑](#footnote-ref-8)
8. Filósofo español, Licenciado en Filosofía por la Universidad de Oviedo, intervino desde su inicio en la puesta en marcha de la Fundación *Gustavo Bueno*, de la que ha sido coordinador de cursos. [↑](#footnote-ref-9)